



E.M CIORAN | FRAGMENTOS DEL LIBRO
EL INCOVENIENTE DE HABER NACIDO Y
VIVIR CON LA IDEA DEL SUICIDIO ES
ESTIMULANTE

01 | Tres de la mañana. Percibo este segundo, después este otro; hago el balance de cada minuto. ¿A qué viene todo esto? A que he nacido. De cierto tipo de vigiliadas viene la inculpadón del nacimiento. «Desde que estoy en el mundo», ese desde me parece cargado de un significado tan espantoso, que se torna

insoportable.

No corremos hacia la muerte; huimos de la catástrofe del nacimiento. Nos debatimos como sobrevivientes que tratan de olvidarla. El miedo a la muerte no es sino la proyección hacia el futuro de otro miedo que se remonta a nuestro primer momento. Nos repugna, es verdad, considerar al nacimiento una calamidad: ¿acaso no nos han inculcado que se trata del supremo bien y que lo peor se sitúa al final, y no al principio, de nuestra carrera? Sin embargo, el mal, el verdadero mal, está detrás, y no delante de nosotros. Lo que a Cristo se le escapó, Buda lo ha comprendido: *«Si tres cosas no existieran en el mundo, oh discípulos, lo Perfecto no aparecería en el mundo...»* Y antes que la vejez y que la muerte, sitúa el nacimiento, fuente de todas las desgracias y de todos los desastres.

No hago nada, es cierto. Pero veo pasar las horas —lo cual vale más que tratar de llenarlas. Nunca estoy a gusto en lo inmediato, sólo me seduce lo que me precede, lo que me aleja de aquí, los innúmeros instantes en que yo no fui: lo no-nato, en suma. Necesidad física del deshonor. Me hubiera gustado ser hijo de verdugo.

¿Con qué derecho os ponéis a rezar por mí? No tengo necesidad de intercesores, me las arreglaré solo. De un miserable, tal vez lo aceptaría: de nadie más, aunque se tratara de un santo. No tolero que se preocupen por mi salvación. Si le temo y le huyo, qué indiscretas resultan entonces vuestras plegarias. Dirigidlas a otra parte, de todas formas no estamos

al servicio de los mismos dioses. Si los míos son impotentes, no hay razón para creer que los vuestros lo sean menos. Y aun suponiendo que sean tal y como los imagináis, todavía les faltaría el poder de curarme de un horror más viejo que mi memoria.

Desde la infancia percibía ya el deslizarse de las horas, libres de toda referencia, de todo acto y de todo acontecimiento, el desglose del tiempo de lo que no era tiempo, su existencia autónoma, su estatuto particular, su imperio; su tiranía. Recuerdo con perfecta claridad aquella tarde en que, por vez primera, frente al universo vacante, yo era sólo una fuga de instantes rebeldes que se negaban a cumplir su función propia. El tiempo se desprendía del ser a mis *expensas*.

Cada vez que estoy mal y me apiado de mi cerebro, me siento llevado por un irresistible deseo de proclamar. Entonces adivino de qué pedestres abismos surgen reformadores, profetas y salvadores.

Me gustaría ser libre, inimaginablemente libre. Libre como un ser abortado.

Raros son los días en que, proyectado hacia la post-historia, no asisto a la hilaridad de los dioses frente al episodio humano. Hace falta una visión de repuesto, pues la del Juicio Final ya no convence a nadie. La única, la verdadera mala suerte: nacer. Se remonta a la agresividad, al principio de expansión y de rabia aposentado en los orígenes, en el impulso hacia lo peor. No es de extrañar que todo ser venido al mundo sea un maldito.

Mientras actuamos tenemos una finalidad; una vez terminada, la acción no tiene más realidad para nosotros que el fin que hemos perseguido. Nada consistente había, pues, en todo eso, salvo el juego. Pero hay quienes tienen conciencia de ese juego durante la acción misma: viven la conclusión en las premisas, lo realizado en lo virtual, minan lo serio por el hecho de existir. La visión de la no-realidad, de la carencia universal, es el resultado combinado de una sensación cotidiana y de un brusco temblor. Todo es juego.: sin esta revelación fulminante, la sensación que uno arrastra a lo largo de los días no tendría ese sello de evidencia que necesitan las experiencias metafísicas para distinguirse de sus imitaciones: los malestares. Pues todo malestar no es sino una experiencia metafísica abortada.

El paraíso no era un lugar soportable, de lo contrario el primer hombre se hubiera adaptado a él; este mundo tampoco lo es, ya que en él se añora el paraíso o se da otro por seguro. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? No hagamos nada, no vayamos a ningún sitio, así, sin más.

La salud es un bien, cierto; pero a los que la poseen les ha sido negada la suerte de saberlo, pues una salud consciente de sí misma es una salud en peligro. Y como nadie goza con su carencia de enfermedades, se puede decir sin exageración que los sanos tienen un justo castigo.

¿Qué es una crucifixión única comparada con la cotidiana que sobrelleva quien padece de insomnio?

Confesamos nuestras penas a otra persona sólo para hacerla sufrir, para que cargue con ellas. Si quisiéramos que se apegara a nosotros, le hablaríamos de nuestros tormentos abstractos, únicos que acogen con presteza todos los que nos aman. No me perdono el haber nacido. Es como si, al insinuarme en este mundo, hubiese profanado un misterio, traicionado algún compromiso de magnitud, cometido una falta de gravedad sin nombre. Pero a veces soy menos tajante: nacer me parece una calamidad que, de no haberla conocido, me tendría inconsolable.

Nuestros pensamientos, a sueldo de nuestro pánico, se orientan hacia el futuro, siguen el camino del temor, desembocan en la muerte. Dirigirlos hacia su nacimiento y obligarlos a permanecer allí, es invertir su curso y hacerlos retroceder. De ese modo pierden el vigor, la desapacible tensión que yace en el fondo del horror a la muerte, y que les sirve a nuestros pensamientos para dilatarse, enriquecerse, fortalecerse. Y así se comprende que, al recorrer el camino a la inversa, llegan tan empobrecidos, tan cansados a su frontera primitiva, que ya no les queda ninguna energía para mirar más allá, hacia lo nunca-nato.

De nada vale anteponernos al universo, de todas formas nos odiamos más de lo que imaginamos. Si el sabio resulta una aparición tan insólita, es porque no parece contaminado por la aversión que, igual que todos los seres, debería abrigar hacia sí mismo.

Cuando pienso en tantos amigos que ya no existen,

siento lástima por ellos. Sin embargo, no resultan tan dignos de compasión, pues han resuelto todos sus problemas, empezando por el de la muerte. Hay en el hecho de nacer una ausencia tal de necesidad, que cuando se piensa en ello con un poco más de detenimiento, a falta de saber cómo reaccionar, uno se queda con la boca abierta.

Siempre he buscado paisajes anteriores a Dios. De ahí mi debilidad por el Caos.

Sólo me entiendo bien con alguien que se encuentra en lo más bajo de sí mismo, sin el deseo ni la fuerza de recuperar sus ilusiones habituales.

Si la muerte es tan horrible como se pretende, ¿cómo es posible que al cabo de cierto tiempo estimemos feliz a quienquiera que, amigo o enemigo, haya dejado de vivir?

—*¿Qué hace usted todo el día?*

—*Me soporto.*

Para ser «feliz» se tendría que tener siempre presente la imagen de las desgracias que no han ocurrido. Sería para la memoria una manera de redimirse, ya que, al no retener por lo general sino las desgracias ocurridas, se empeña en sabotear, la felicidad con un éxito maravilloso.

La ansiedad no es provocada por nada; busca darse una justificación, y, para conseguirlo, emplea cualquier cosa, los pretextos más miserables, a los que se aferra después de haberlos inventado. Realidad

que precede a sus expresiones particulares, a sus variedades, la ansiedad se suscita, se engendra a sí misma, es «creación infinita», mucho más apta, como tal, para recordar las maniobras de la divinidad que las de la psique.

Todo gira alrededor del dolor; lo demás es accesorio, inexistente, puesto que sólo recordamos lo que hace daño. Las sensaciones dolorosas son las únicas reales; es casi inútil experimentar otras.

¿Por qué temer el vacío que nos espera si no difiere en nada del que nos precedió? Este argumento de los antiguos contra el miedo a la muerte no puede servir de consuelo. Antes, se tenía la suerte de no existir; ahora se existe, y es esa parcela de existencia, o sea de infortunio, la que teme desaparecer. Parcela no es la palabra, puesto que cada cual se prefiere, o, por lo menos, se iguala, al universo.

Si estás condenado a atormentarte, nada podrá impedirlo: una tontería te empujará igual que un gran dolor. Resígnate a consumirte bajo cualquier pretexto: así lo quiere tu suerte. Vivir es ir perdiendo terreno. ¡Y pensar que tantos han logrado morir!



ENTREVISTA REALIZADA POR JOSEFINA CASADO
00 | VIVIR CON LA IDEA DEL SUICIDIO ES
ESTIMULANTE

Originario de Rumania (Rasinari, 1911), Cioran lleva medio siglo encarnizándose contra la historia-Dios-el hombre. Ironía del destino, este adicto al fracaso se ha convertido en fenómeno de actualidad. Ese maldito yo —que recoge sus pensamientos más recientes y que Tusquets acaba de publicar— ha sido un éxito de ventas en Francia. Ese estrellato intempestivo le ha sumido en la postración. Dice que se ha "cansado de reírse de Dios y del mundo". ¿Habremos perdido "uno de los últimos panegiristas de la agonía de Europa (dixit Susan Sontag)?

Estamos demasiado acostumbrados a los filósofos trascendentes que dirimen sus especulaciones con la apoyatura de una fundamentación sistémica. Medran en los manuales escolares y en el tuétano del dogmático de turno.

Cioran está fuera de todo eso. Se sabe fracasado en todo cuanto quiso ser: un filósofo místico. Se quedó en aforista sin fe. Insiste en que no hay nada que justifique nuestra decisión de existir. De esa certeza irreductible, ha extraído una pasión bestial por la negación. Leyó en su juventud a innumerables filósofos alemanes. Terminó con el "sólo sé que no se nada". Marcado por Job, Schopenhauer y Nietzsche, además de Chestov, ha impuesto el temperamento por encima de la razón.

A un periodista italiano que le instaba a revelar cuáles eran sus medios de subsistencia le contestaría: "Ejerzo de chulo". Se le ha acusado de ser reaccionario en términos políticos, "resignado", diría Vulcanescu. Otros le han imputado un ramalazo aristocratoide. El famoso fotógrafo Richard Avedon le encontraría incluso rasgos de neurópata.

PREGUNTA | *Siendo un temperamental y un vitalista, ¿cómo ha podido pasarse la vida buscando razones para morir?* **problema. Son reacciones personales a las que he incorporado un halo metafísico. Para mí lo importante ha sido siempre la sensación. Una idea que no sea una sensación es una idea sin vida. Por eso renuncié muy pronto a los filósofos y me acerqué a los escritores. Concretamente a Dostoievski.**

RESPUESTA | **He aceptado de entrada el principio de la contradicción. Nunca he intentado ser consecuente conmigo mismo. No escribo para quitarme de encima lo que podría llamar "mis obsesiones"; lo hago para atenuarlas. Son impresiones que he ido transformando en** *P. En el origen de todo estuvo el desengaño. ¿Esa sensación no contribuyó a amputar sus impulsos? ¿No le impidió*

construirse una identidad compacta en basé a la interacción con los estímulos externos?

R. Con 20 años había perdido todas mis ilusiones, y mi destino estaba sellado. Después leí únicamente para reafirmarme en mi visión de las cosas. Por mucho que hubiera leído a pensadores con una concepción de la vida opuesta a la mía no me hubieran influido. Nunca estuve tan cerca del suicidio como a esos 20 años. Si en ese momento alguien me hubiera dicho que sobrepasaría los 30 le hubiera dado una bofetada.

P. En el fondo lo que ha hecho ha sido dilatar su suicidio. ¿Acaso no ha dicho que un libro era un suicidio en diferido?

R. Tiene razón. Cuando uno tiene la visión del suicidio, la conserva para siempre. Vivir con esa idea es una cosa muy interesante. Incluso diría que estimulante. Mire, hará unos siete años me encontré con un señor que quería suicidarse. Estuvimos dando vueltas y vueltas, horas y horas. Le estuve diciendo que mejor valía que atrasara su suicidio, que en el fondo ésa era una idea muy vital que había que aprovecharla.

| HASTIO |

P. Ese sentimiento trágico de la existencia se agudizó en ese único año de su vida en que trabajó. ¿Cuáles fueron sus fundamentos?

R. Una de las experiencias fundamentales de mi vida ha sido el hastío. Siendo niño comprobé esa sensación de

vacío. No tendría más de cinco años. Tuve que esperar a los 20 años para hundirme por completo. Fue un período muy dramático. Empezó con crisis de insomnio que se prolongaron durante años. Y eso fue curiosamente lo que me abrió los ojos. Fíjese, esta noche he soñado con eso. Yo

era estudiante en Rumanía. Eran las dos de la tarde, acababa de volver a casa, mi madre estaba sola. Recuerdo que me eché en el sofá, estaba hecho polvo, no podía más. Fue cuando mi madre me dijo: "Si lo hubiera sabido, habría abortado". Esa frase me impresionó muchísimo. A partir de ese momento seguí una vía individual.

P. Fracasaría como profesor.

R. Sí. Fue un fracaso total. No estaba hecho para eso. Los alumnos no sabían a qué atenerse conmigo. Decían que estaba loco. Era lógico, llegaba con unas ojeras de espanto, me reía de todo, daba una sensación de arbitrario.

Cuando me marché de ese instituto, el director se desahogó emborrachándose. Nunca he podido ejercer una profesión. Como fui consciente de ese fenómeno, muy pronto me las arreglé para construirme una vida sin base social. Hubiera deseado ser estudiante toda mi vida. Lo conseguí hasta los 40 años. Un día me convocaron y me dijeron que la edad límite era 27. Pero eso no fue lo peor. He vivido unos 25 años en el hotel. Cuando se acabó lo de pagar al mes, todo mi sistema se derrumbó. Fue terrible para mi. Toda mi vida he huido de las responsabilidades. He sido un irresponsable en todo. Nunca he tenido visión de futuro.

| IDEA DE DIOS |

P. ¿La proyección constructiva hacia el futuro es una tara del cristianismo? ¿La estima otra superchería al igual que la ficción de Dios?

R. Toda mi vida he estado dándole vueltas a eso. Cuando

todo deja de existir, cuando estás solo en plena noche, ¿con quién se puede hablar? Creo que la soledad absoluta exige la idea de un dios. Eso no tiene nada que ver con la fe. Para mí, Dios es la única forma de diálogo posible en medio de la

noche. Es un diálogo con uno mismo que no aspira a resolver nada. Es el interlocutor inexistente. Es la experiencia límite.

P. Y Buda, ¿cuál es su estatuto?

R. El budismo no pide la capitulación del intelecto. Se apoya en el conocimiento y la intuición. En el budismo, si ha entendido que el dolor es el centro de todo, entonces lo ha entendido todo. Es la única religión que aceptaría si tuviera que aceptar alguna. El cristianismo está gastado. Todavía defiende una idea de porvenir. Curiosamente, por primera vez se siente que la gente ya no cree en el porvenir.

P. En Ese maldito yo no encuentro su fuerza habitual. Es como si el idioma se hubiera cansado; el tono, apagado.

R. Es usted la primera persona que me hace esa observación. Un conocido mío también lo había intuido, usted ha sabido formularlo. Es una observación muy

importante. Ese maldito yo es el libro de una capitulación metafísica. Hasta ahora estaba convencido de lo que escribía. Incluso escribía para convencerme más aún. Ya no necesito fundamentar todo eso. Tengo la sensación de haberme convertido en mi propio discípulo. Además he comenzado a sentir sensaciones fisiológicas de cansancio. Será la vejez, imagino. Cuando acabé ese libro, dije: Se acabó. No volveré a escribir. No merece la pena. Seguir... ¿para qué? He escrito 15 libros. Es demasiado tarde. Es probable que el éxito de ese ensayo haya precipitado mi reacción. Lo he vivido como una humillación.

P. En sus otros aforismos estaba el yo atareado en desescombrar inquietudes intrínsecas: la historia, el tiempo, el hastío. El enfrentamiento entre el paganismo y el cristianismo, la mística, el silencio. En este último se aprecia una secularización de los temas. Ya no tenemos a Tácito ni a la "carroña que nos turba o nos alarma", pero sí un dentista, la

portera, etcétera.

R. En cuanto se mezcla lo cotidiano con la metafísica tenemos la irrisión.

P. Otra herejía.

R. Otro sabotaje. Hay una disproporción entre el acontecimiento del que hablo y los grandes problemas. Cualquier cosa arroja luz sobre lo que es esencial.

P. ¿Y las mujeres? Apenas les dedica unas líneas.

R. Es un tema muy delicado. He dicho que la mujer era más inteligente que el hombre.

P. Eso es puro tópico.

R. Lo es. He debido escribir poco sobre las mujeres a raíz de un prejuicio antifrancés. Aquí no se habla de otra cosa.



APÉNDICE
MANIFIESTO AUTODETERMINISTA
SECTA NIHILISTA

Venir al mundo es una decisión ajena impuesta por la voluntad de otros. Durante nuestra infancia y adolescencia no estamos capacitados para ratificar esa decisión ni imponer nuestra condiciones. Las personas nacemos por decisión de otros en un determinado entorno físico, familiar y social, dotadas de unas características genéticas concretas, que es la parte de esta situación que jamás podremos cambiar. Pero de ahí en adelante podemos modificar y decidir sobre nuestra vida ya que nos pertenece en exclusiva.

No hay voluntad ajena -ni de otro individuo ni de la colectividad, ni impuesta por la tradición, ni por las creencias culturales, místicas o políticas predominantes- que merezca una consideración moral más alta que nuestra propia voluntad ni hay, por lo tanto, restricción alguna al ejercicio de nuestra libertad que cuente con una legitimidad natural.

La mayoría de personas nunca llegan a ser conscientes de su soberanía, de su derecho a la misma ni de la enorme invasión de ésta que padecen. Pero las personas, por si mismas, son seres inteligentes y capaces de auto gobernarse. El derecho a hacerlo es natural y su rango moral es siempre superior a cualquier imposición externa.

Creemos que cualquier persona, en cualquier momento de su vida, tiene toda la legitimidad para reconsiderar y modificar todo aquello relativo a sí misma y a su vida que de ella depende, incluido el propio hecho de existir. Esto le faculta para tomar cuantas decisiones desee sobre su persona, su cuerpo, su mente y su aceptación o rechazo de cualquier valor, su nombre, su relación con los demás y su forma y estilo de vida. No tomar decisión alguna, como hace gran parte de la población, es también una decisión, aunque la mayoría no sea consciente. Los que por simple inconsciencia, por inercia cultural o por desidia se dejan llevar por el statu quo en el que nacieron y fueron educados están también ejerciendo una opción.

Durante siglos se nos ha enseñado y adoctrinado

desde las más diversas filosofías e ideologías -desde el cristianismo y el judaísmo hasta el islam, desde el fascismo a la socialdemocracia y desde el comunismo hasta el conservadurismo- que las personas viven en función de la comunidad a la que “pertenecen”, que deben asumir sus valores, tradiciones, reglas. Obedecer. El "altruismo", la afirmación del "otro", se nos impone desde el colegio hasta el asilo y desde los púlpitos de la iglesia, las tribunas de la política, los medios de comunicación, la paternal institución de la familia o las más diversas organizaciones humanas, pero siempre con el objetivo, consciente o no y a veces incluso bienintencionado, de someternos.

Toda forma de limitación del poder de la persona sobre sí misma, sobre su vida y sobre sus decisiones es ilegítima en origen. Aunque todas las demás personas del planeta estuvieran plenamente de acuerdo en imponer a un individuo ciertas limitaciones, seguiría siendo moralmente superior el derecho natural de ese individuo a no acatarlas mientras no limite la libertad a otros. Sabemos que los humanos son seres gregarios, que necesitan relacionarse con otros individuos para llevar una vida medianamente soportable, pero también sabemos que las normas de convivencia han sido históricamente dictadas por el poder y la autoridad (religiosa, política, cultural, económica, etc.) y por lo tanto no parten de una legitimidad primaria. Acatar irreflexivamente normas que limitan el autogobierno personal es también ejercer una opción: tal vez la más cómoda para la mayoría pero también la más dolorosa y humillante para algunos de nosotros.

En su camino hacia la supuesta libertad, una humanidad temerosa y débil ha optado por conquistarla a fuerza de decretos y burocracia, a golpe de Estado y policía, mediante un poder casi irrestricto para los gobernantes a cambio de un trato rara vez benévolo y a través de la implantación de sistemas de auto legitimación democrática que han servido para glorificar el ejercicio del poder y, por ello, para seguir invadiendo el ámbito de decisión de las personas.

Mucho se ha escrito sobre el contrato social entre gobernados y gobernantes, con frecuencia para ensalzar las virtudes de un sistema más teórico que práctico que parece casi diseñado para tranquilizar a las personas mientras se les usurpa su poder de autogobierno. Mediante el contrato social las personas deben someterse al poder de las masas y de su Estado. Se nos ha enseñado a aceptar sin rechistar lo que el poder nos ordena o prohíbe, porque quienes lo ostentan actúan "en nuestro nombre", están "legitimados en las urnas" o responden a la voluntad de la mayoría. Nosotros nos sentimos facultados para hacer absolutamente cuanto deseemos. "Hacer" incluye por supuesto el "no hacer". La libertad de cada uno no termina donde empieza ese eufemismo que es "la de los demás" que sirve como excusa para que las élites interpretadoras hagan y deshagan a su antojo, sino que termina exactamente donde comienza la inalienable soberanía individual de otra persona concreta, real y determinada.

No tendremos a quien idolatrar ni a quien

demonizar si nosotros somos nuestros únicos dueños, si nosotros somos, conscientemente, los responsables de todo lo bueno y de todo lo malo que nos suceda, si nosotros razonamos y decidimos con todas las consecuencias, si en definitiva somos libres y no tenemos sino una consciencia plena de nuestra condición de personas, de individuos de una especie animal, únicos y auto poseídos. Ser libres, ser soberanos, es decir, ser plenamente humanos. Quienes no quieran aceptar el reto, sean mayoría o no, están en su derecho de no hacerlo, pero no de imponernos a nadie más las consecuencias filosóficas y políticas de su miedo a la libertad.

Por todo lo expuesto, proclamamos nuestro derecho total e inalienable a la autodeterminación y en ejercicio de la soberanía personal que poseemos, presentamos ante el resto del mundo nuestra declaración de independencia. Así, por la presente, afirmamos que no reconocemos ningún poder ajeno en nuestras vidas.

*Cuidaos, sed listos y ataos siempre los cordones
bien fuerte antes de salir de casa.
Y sed malos, muy malos.*

E/W